



EL SALVADOR EN TIEMPOS DE MONSEÑOR ROMERO

El camino hacia la guerra civil (1978-1980)

hector.grenni@udb.edu.sv

Héctor Grenni¹
Universidad Don Bosco de San Salvador

Resumen

El presente escrito presenta las contradicciones que se dieron en uno de los periodos de mayor efervescencia social en El Salvador: los años 1978 a 1981. La situación derivó con frecuencia en violencia y hacia la radicalización de las propuestas, lo que hizo que el camino hacia la guerra civil que probablemente nadie quería, y que estalló entre 1980 y 1992, se transformase en la única posibilidad. Esta efervescencia, que tuvo varios actores principales, dio paso a la violencia, que terminó con la vida del arzobispo de San Salvador. Se propone en este artículo que el asesinato del arzobispo Óscar Romero fue un acontecimiento decisivo en la radicalización definitiva de las posturas y en el estallido de la guerra.

Palabras Clave

El Salvador - Monseñor Romero - Guerra civil - Violencia - Represión

¹ Héctor Grenni es Doctor en Historia de América Latina. Mundos Indígenas por la Universidad Pablo de Olavide. Actualmente es Director de la Biblioteca de la Universidad Don Bosco de San Salvador, El Salvador, y Director de la Editorial de la Universidad. Ha publicado libros en Argentina, España, El Salvador y Alemania. Sus investigaciones han tratado sobre el Derecho Indiano, la presencia de Estados Unidos en El Salvador a principios del siglo XX, representatividad y pueblo en las revueltas de las colonias españolas de América a principios del siglo XIX, y El Salvador en tiempos de Monseñor Romero. Estudia a Monseñor Romero desde 1979. Ha escrito numerosos artículos en revistas de Ciencias Sociales y Humanidades.



EL SALVADOR IN TIMES OF MONSIGNOR ROMERO

The path towards civil war (1978-1980)

hector.grenni@udb.edu.sv

Héctor Grenni
Universidad Don Bosco de San Salvador

Abstract

This paper looks at the contradictions that took place in one of the periods of greatest social upheaval in El Salvador: the years between 1978 and 1981. The situation derived more than often in violence and leaned towards the radicalization of proposals, which made civil war seem like the only possible solution. Although in all probability nobody wanted this war, it erupted between 1980 and 1992. This upheaval, along with its numerous actors, led to a scenario marked by violence, which ended with the life of the Archbishop of San Salvador. In view of this, this article argues that the assassination of Archbishop Óscar Romero was a decisive event in the definite radicalization of the political positions as well as in the eruption of the war.

Key Words

El Salvador - Monsignor Romero - Civil war - Violence - Repression

Introducción

El periodo comprendido entre fines de la década de los años 70s y principios de los 80s fue de una gran efervescencia en la historia de El Salvador y tiene muchos 'actores principales': las clases campesinas, que cobraron un protagonismo que no habían tenido antes, salvo quizás en 1932; las fuerzas armadas², que se encontraron ante la posibilidad histórica de liderar un proceso de cambio único en la historia del país, dejando de lado la tradicional alianza con los sectores privilegiados; las clases trabajadoras, cuyas organizaciones populares³ alcanzaron niveles de adhesión como nunca antes habían tenido; la oligarquía⁴, que no supo ver la oportunidad que se abría de dejar de lado sus privilegios para la construcción de una sociedad justa; los partidos políticos tradicionales, que sumidos en una práctica corrupta de ejercicio de la democracia se vieron superados por la militancia popular sin poder hacer frente a las exigencias de las mayorías marginadas; los medios de comunicación masiva, que no supieron entrever las oportunidades que se presentaban y permanecieron atados a una mezquina estrategia de sumisión a un sistema en el que se encontraban cómodos; las organizaciones populares que optaron por la violencia⁵ como camino hacia una sociedad más justa, cuyos dirigentes de clase media no supieron ver con

² En este trabajo, al referirnos a las fuerzas armadas estaremos haciendo alusión tanto al ejército como a los tres cuerpos policiales: la Policía Nacional, la Policía de Hacienda y la Guardia Nacional.

³ Por 'organizaciones populares' entenderemos los movimientos populares urbanos y rurales que se organizaron a partir de la segunda mitad de la década de los años 70. Se trataba de sindicatos, asociaciones de sindicatos, agrupaciones estudiantiles universitarias y secundarias u organizaciones barriales o corporativas, que en los años que abarca este trabajo experimentaron una gran cantidad de adhesiones y militancias. Generalmente fueron opositores a los gobiernos de turno y se expresaron por medio de marchas, manifestaciones, publicaciones o expresiones diversas, buscando realizar sus actividades en el estrecho margen que les permitían las leyes. Sufrieron represiones más o menos violentas, según los momentos. Tuvieron un diverso grado de relación con la guerrilla.

⁴ En un país tan pequeño como El Salvador, que mide 20.000 kilómetros cuadrados, las clases dominantes que conforman la oligarquía tienen nombre y apellido, son conocidas, conocidos sus apellidos, sus negocios y sus intereses. La oligarquía salvadoreña, 'la más voraz de la región centroamericana' y, probablemente, la que tiene mejor definidos sus intereses y sus alianzas en toda la región, ha actuado ya desde principios del siglo XX con un acentuado espíritu corporativo. Su temprana definición de intereses la llevó a demostrar una marcada conciencia de clase. Sus alianzas empresariales se vieron reforzadas por alianzas matrimoniales, conformando una clase social en la que es difícil entrar, y cuyos intereses son difícilmente cuestionables. Colindres, Eduardo, *Fundamentos económicos de la burguesía salvadoreña*, UCA Editores, San Salvador, 1977. También: Albiac, María Dolores, "Los ricos más ricos de El Salvador", en Cardenal, Rodolfo y González, Luis (Comp.), *El Salvador: la transición y sus problemas*, UCA Editores, San Salvador, 2007, 153-183; Paniagua, Rodolfo, "La clase empresarial hegemónica salvadoreña", Estudios Centroamericanos (ECA), 1992, Ed. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, San Salvador, 1992.

⁵ Con el término 'organizaciones populares que optaron por la violencia' o 'guerrilla', entenderemos en este trabajo las organizaciones de raigambre popular que buscaron la concreción de una sociedad sin marginaciones, para lo cual optaron por la violencia como medio para tomar el poder político e imponer desde allí sus propias ideas. Generalmente tenían sus propios 'movimientos de masas' en las diversas organizaciones populares urbanas. A fines de 1980 estas organizaciones se unieron en una dirección única que tomó el nombre de Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), transformado en partido político con el mismo nombre después de los Acuerdos de Paz de 1992.

claridad las necesidades de las mayorías marginadas porque nunca las habían sufrido, y confundieron éstas con sus ideales; y la Iglesia católica, que sumida en un acelerado proceso de revisión de su forma de afrontar la realidad, vio cómo en su seno se abrían corrientes divergentes que la llevaban a un intenso y a veces ardoroso diálogo interno que puso en tela de juicio sus opciones tradicionales y su propia historia en el país.

En la década de los años 70s, vivían en la capital del país, San Salvador, un millón de habitantes, la quinta parte del total de la población del país, y allí se centralizaban las actividades industriales, los servicios, el comercio y la administración pública. La producción agraria resultaba, cada vez más, insuficiente para el consumo, lo que ponía en evidencia la progresiva tercerización de la economía, al extremo que el país se vio obligado a importar granos básicos ya a fines de la década de los años 70s. Un índice de natalidad del 3.6% contribuía a agudizar los problemas y las contradicciones que generaba un capitalismo insaciable. La población era eminentemente rural y la mitad tenía menos de 16 años, lo que le confería un carácter eminentemente dinámico e inquieto. Los grupos indígenas, sumidos en un acentuado mestizaje, eran muy escasos y estaban marginados del sistema. Las clases sociales que participaban mayoritariamente de los beneficios del sistema señalaban el acentuado crecimiento poblacional como la causa de los males sociales, lo que justificaba el modelo y lo dispensaba de corregir las relaciones de trabajo, de reexaminar los espacios de decisión y de buscar nuevas formas de distribución de la riqueza.

El autoritarismo y la democracia en El Salvador del siglo XX han seguido el ritmo del auge y declinación de las economías agrarias y de la oligarquía que fue conformándose ya desde principios del siglo XX. Ésta detentó el poder económico en el país desde la segunda mitad del siglo XIX, lo cual se hizo particularmente evidente cuando los gobiernos liberales liberaron las tierras comunales en propiedad de los indígenas –tierras que tan arduamente había protegido el Derecho Indiano- y las ofrecieron a quien pudiera pagarlas.

En El Salvador de la segunda mitad del siglo XX, las contradicciones del sistema social, puestas en evidencia por la pobreza y las marginaciones, se acentuaron, provocando serios cuestionamientos al tradicional sistema social, vigente desde la segunda mitad del siglo XIX. La falta de espacios para el disenso, la escasez de alternativas y la toma de conciencia de las grandes mayorías marginadas en la

segunda mitad del siglo XX, llevaron al país a un estado de efervescencia popular sin precedentes en su historia, que se concretó en una intensa militancia: en la década de los años 70s, surgieron movimientos populares, urbanos y rurales, en los cuales las mayorías marginadas encontraron la oportunidad de expresar sus necesidades y de exigir reformas radicales.

Los gobiernos de turno respondieron a estos cuestionamientos y a estas exigencias con una represión cada vez más intensa, provocando que la efervescencia popular encontrara respuestas violentas: la represión de los gobiernos de turno dio origen a la violencia generalizada; la efervescencia popular se transformó en militancia y, con frecuencia, derivó en violencia. Esto llevó a un replanteo de todo el sistema social. La Iglesia católica, tradicionalmente aliada al sistema, comenzó un riquísimo debate interno a partir del Concilio Vaticano II, en 1965, y de las reuniones de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) de 1968 y 1979, de las que surgieron documentos que proponían cambios profundos en la forma de entender la realidad. La profunda revisión de sus opciones la llevó con frecuencia al rompimiento de la monolítica y tradicional unidad interna, y a buscar un sincero acercamiento a los sectores populares y marginados.

Algunos sectores del ejército y de las fuerzas armadas⁶, principales soportes del sistema y tradicionales testaferros de los sectores que detentaban el control de las riquezas, buscaron nuevos espacios de intervención política que les permitieran apoyar un orden social más cercano a las necesidades de las mayorías. Los partidos políticos, superados por la militancia popular y las propuestas de las organizaciones populares, y desgastados por un ejercicio democrático corrupto, buscaron mantener su escaso protagonismo sin encontrar respuestas a las necesidades de las grandes mayorías marginadas. La oligarquía, por su parte, se mantuvo fiel a sus intereses, buscando mantenerlos a cualquier costo, y no dudó en exigir del gobierno la más dura represión cuando sus intereses se vieron cuestionados, como ocurrió con las reformas agrarias propuestas por el presidente Molina y por la Junta Revolucionaria de Gobierno surgida del golpe de estado de octubre de 1979. A este respecto,

⁶ Desde principios del siglo existieron, además del ejército, tres cuerpos policiales: la Guardia Nacional, la Policía de Hacienda y la Policía Nacional. Todos ellos dependían del Jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas. Los tres cuerpos reunían unos 11.000 efectivos en 1970 y crecieron durante la década de los años 80; fueron disueltos por los Acuerdos de Paz de 1992. Con frecuencia, estos cuerpos armados operaban al margen del gobierno y con agendas propias, como se puso en evidencia, particularmente, después del golpe de estado del 15 de octubre de 1979. Los tres cuerpos policiales tenían nexos entre sí y un fuerte ligamen con el ejército.

Monseñor Romero, comentaba en marzo de 1980 que “*de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre*”.

Algunos sectores populares cuestionaron radicalmente el sistema optando por la vía armada, decantándose por la violencia como camino hacia una sociedad más justa, conformando grupos guerrilleros que, aprovechando la quebrada geografía del país, y atendiendo a los reclamos de las clases marginadas, optaron por cuestionar la violencia del sistema desde la violencia armada.

En este contexto de violencia generalizada, el arzobispo de San Salvador, Monseñor Óscar Arnulfo Romero Galdámez desarrolló su accionar y su pensamiento con una opción cada vez más cercana a los sectores marginados que le llevó a buscar el diálogo y a apoyar las alternativas que pudiesen dar respuesta a las contradicciones del contexto social que le tocó vivir. Influyó poderosamente en su tiempo y su pensamiento, fue atendido por todos los sectores, tanto de derecha como de izquierda, para adherir a su pensamiento o para criticarlo. Los sectores que se vieron cuestionados por su pensamiento ordenaron su asesinato. Monseñor Óscar Arnulfo Romero se convertirá en protagonista principal de este periodo, referente no sólo para la Iglesia católica, sino para toda la población salvadoreña. En palabras de Jon Sobrino⁷, “*Desde aquel día, y como aquel día, en cualquier hecho importante que ocurrió en El Salvador, para seguirlo o para perseguirlo, siempre hubo que volver la vista hacia Monseñor Romero*”⁸.

La radicalidad del arzobispo

Ya desde mediados de 1979 se notaba en el arzobispo Romero una radicalización en la forma de manifestar sus opciones: sus juicios eran más duros, sus conceptos más directos y sus alusiones a la oligarquía, al Partido Demócrata Cristiano, a las fuerzas armadas y a la represión, cada vez más claras y contundentes; y con ello, era evidente su distanciamiento de un sistema que dejaba muchos marginados.

⁷ Jon Sobrino, sacerdote jesuita, nacido en Barcelona de origen vasco, radicado en San Salvador desde 1957, profesor de Teología en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas de San Salvador, muy cercano a Monseñor Romero entre 1977 y 1980.

⁸ López Vigil, María, *Monseñor Romero, piezas para un retrato*, UCA Editores, San Salvador, 5ª ed., 2001, 161. El comentario de Sobrino alude al episodio del pueblo y la iglesia de Aguilares, ocupados por la Guardia Nacional a mediados de 1977 y devueltos luego de un mes. La devolución se hizo en un ambiente de suma tensión.

Romero, que tomó decididamente partido por 'los pobres' y por las clases marginadas, invitó a las clases que no sufrían esta marginación a sumarse a estas opciones: los 'ricos', que debían ser partícipes de esta opción, debían sentir como propio el problema de los pobres y proponer soluciones, en un trabajo que debía ser fruto de la acción de los técnicos y del gobierno. Los 'ricos' debían poner "*todos los medios a su alcance, como si se tratara de resolver sus propios problemas*", en las propuestas de soluciones a la pobreza. Los capitales que la oligarquía mandaba al extranjero, escapando de la crisis nacional, agudizaban las contradicciones⁹.

Esta utopía que proponía el obispo 'tocaba un cable de alta tensión': los intereses de los sectores privilegiados, que reaccionaron con todos los medios de que disponían, entre los que se contaba el aparato del estado. Esta radicalización de sus opciones no es más que la explicitación de conceptos que el obispo ya había citado con anterioridad. La repercusión que ellos tuvieron en 1980, y la claridad con que eran expresados, aumentaron sus efectos. Al mismo tiempo, la agudización de la crisis y la aceleración de los acontecimientos en los primeros meses de 1980 acentuaron esta radicalidad.

La postura de Romero no derivó hacia una justificación de la violencia ni hacia nuevos conceptos que justificasen posturas socialistas o de izquierda, o hacia un apoyo decidido a la guerrilla que había optado por la violencia. Tampoco pasó por una justificación de las doctrinas y de las ideas marxistas¹⁰. Sus críticas al marxismo y a la violencia se mantuvieron, así como sus críticas al capitalismo. La radicalidad, y especialmente la fundamentación de las denuncias de Romero, obligaban a su aceptación y por lo tanto, a la búsqueda de soluciones. El Socorro Jurídico del

⁹ *"La opción por los pobres, según Puebla, no quiere decir exclusión de los ricos, sino que quiere decir llamamiento también a los ricos para sentir suyos el problema de los pobres, y para estudiar junto al gobierno en un diálogo con los técnicos, con los que pueden resolver este callejón sin salida de El Salvador. Tienen obligación de estudiar y poner a su disposición todos los medios a su alcance como si se tratara de su propio problema"*. Coto, Luis, "Eclesiología de Monseñor Óscar A. Romero", ponencia en el Congreso de Teología Latinoamericana, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA), 28.04.2005 al 01.04.2005, San Salvador.

¹⁰ *"Para aquellos que se espantan del marxismo tan fácilmente, no por motivos cristianos sino por intereses egoístas, porque jamás habíamos visto tanto celo anticomunista como cuando ven en peligro sus intereses egoístas... Y muchas veces quienes se espantan más de los grandes males del comunismo, no se quieren fijar en los grandes males del capitalismo que está sacrificando a nuestro pueblo... Desde nuestra Iglesia que tratamos de vivir con estas grandes reflexiones, nosotros sentimos la responsabilidad de iluminar nuestro contorno, nuestra vida nacional. Quienes allá lejos de nuestra Patria no conocen la situación de El Salvador, les quiero suplicar: no se escandalicen antes de conocer la realidad. Porque yo he recibido cartas de España en que me critican como el más grande comunista, pero les he suplicado que vengan a conocer la realidad y que verán que no soy más que un cristiano que trata de defender el evangelio precisamente de las ideologías que puedan hacer perder la gracia de nuestro pueblo..."*. Romero, Óscar A., *Homilias*, tomo VII, homilía en la misa del 02.01.1980, UCA Editores, San Salvador, 2000.

arzobispado de San Salvador proporcionaba datos precisos y fundamentación a sus denuncias, lo que las tornaba irrefutables. No podían negarse los asesinatos ante las pruebas¹¹.

Un conjunto de circunstancias y de acontecimientos agudizaron las sensibilidades y el alcance de los acontecimientos. Y éstos precipitaron la decisión de algunos sectores de la oligarquía de consumir el asesinato del arzobispo, que ya habían decidido desde mucho tiempo antes. Estos acontecimientos pueden ser identificados con claridad. Se citan a continuación.

La manifestación de la CRM del 22 de enero de 1980

El primer acontecimiento que precipitó la decisión de algunos sectores de la oligarquía a proceder al asesinato del arzobispo fue la manifestación del 22 de enero de 1980, organizada por la recientemente creada Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM)¹². Fue una de las manifestaciones más numerosas de la historia del país: más de 100.000 personas se congregaron en la Plaza Libertad de San Salvador¹³.

¹¹ *“Desde el 6 de marzo -fecha en que se decretaron las reformas y el Estado de Sitio hasta el día 10 de marzo inclusive-, teníamos registrados debidamente documentados (sic). Quiero decir esto también, porque alguien dijo que yo inventaba cosas; quiero decirles que nunca me han sabido probar una mentira de todo lo que aquí voy diciendo a lo largo de los años... Lo que pasa es que parecen mentiras. Datos como éste, que en sólo cuatro días han sido asesinados: 43 campesinos de diversas zonas del país; 11 obreros; 22 estudiantes, entre ellos los 10 del Instituto San Miguel y 4 de San Vicente; 2 profesionales; 5 personas no identificadas; todas ellas de los sectores populares. Por otra parte, el sector no popular también cuenta sus víctimas y también sus crímenes como los dos detectives y un miembro de ORDEN en el fin de semana pasada. También son repudiables, y no estoy yo parcializándome para mancharme de sangre”.* Romero, Óscar A., *Homilias*, tomo VII, homilía en la misa del 16.02.1980.

¹² La Coordinadora Revolucionaria de Masas (CRM) fue creada en 1980 como resultado de la alianza de las organizaciones populares que reunían a mayor cantidad de personas: el Bloque Popular Revolucionario (BPR), el Frente de Acción Popular Unificado (FAPU), la Unión Democrática Nacionalista (UDN) y las Ligas Populares 28 de febrero (LP-28). Todas ellas tenían vinculación con las fuerzas de la guerrilla. Tenía un programa basado en demandas radicales: la nacionalización de la propiedad agraria, la reorientación de los excedentes productivos hacia la diversificación del sector agrario y la satisfacción de necesidades básicas insatisfechas.

¹³ *“Unas horas antes, las principales calles de San Salvador eran la sede de lo que parecía una gigantesca fiesta popular. Unas 250.000 personas hicieron suyo el centro y sus alrededores. El Bloque, las Ligas, el Frente de Acción Popular Unificada (FAPU), la Unión Democrática Nacionalista (UDN) y la Liga para la Liberación olvidaron el sectarismo que entonces los caracterizaba para convocar a lo que denominaron ‘Marcha de la Unidad’; por primera vez de forma conjunta. Para las bases, ese era un acontecimiento digno de festejar... La siempre sorprendente lógica de Blanche la llevó a deducir que el gobierno no podría hacer uso de la represión. La presencia de periodistas internacionales, el New York Times y el Washington Post incluidos, y la actitud de la gente que fluía a pesar del clima de inseguridad y de los rumores, lo hacían imposible. Pero sobre todo, parecía absolutamente ilógica la conjugación del ambiente festivo con la masacre. La iglesia de El Rosario tiene una torre muy alta, de la que siempre se valen los fotógrafos y camarógrafos para registrar la entrada de los manifestantes a la plaza. Ahí estaba ese 22 de enero Blanche unos minutos antes de que la multitud hiciera su aparición. Cuando bajó, supo que los contingentes se acercaban porque comenzó a oír a todo volumen la Internacional. Quiso llegar a la esquina, pero miles de personas se lo impidieron. La empujaron, la arrastraron al interior de la iglesia. Alguien apagó el equipo de sonido y hasta entonces se escucharon los disparos. Hasta entonces supo Blanche que en El Salvador la lógica no cuenta”.* Testimonio de la periodista

Coincidió con el día que inició la revuelta de campesinos e indios izalcos en el occidente del país en 1932, y que terminara con una cruenta represión que derivó en una matanza cuyo número de víctimas es difícil precisar.

La manifestación estuvo precedida por dos días de huelga general que paralizó el país y por la ocupación de más de 300 iglesias: la 'carta de presentación en sociedad' de la CRM representaba una verdadera alternativa al sistema y hacía pública la unión de los sectores de oposición: el miedo que ya sentía la oligarquía se transformaba ahora en una realidad cercana¹⁴.

El gobierno de la Junta Revolucionaria de Gobierno permitió que la represión fuese el medio para hacer frente a la interpelación que significaba la manifestación: la represión fue selectiva, implicaba el desconocimiento de pactos anteriores entre el gobierno y las organizaciones populares, el desconocimiento de éstas últimas como interlocutores válidos y la impunidad de los grupos paramilitares. La respuesta oficial tuvo, como consecuencia inmediata, la radicalización de los movimientos populares. Puso en evidencia, además, la escasa base de aceptación popular de la Democracia Cristiana, que comenzaba a deambular por los pasillos del gobierno y que formaba parte de la Junta desde hacía menos de un mes, que contaba con el respaldo abierto de la embajada de Estados Unidos y que, para algunos, representaba una opción posible ante la crisis.

Monseñor Romero respondió a esta represión, que terminó con un saldo de 21 muertos y 120 heridos, en la homilía de la misa del domingo 27 de enero. En ella, lamentaba que "*continúe la represión en contra de un sector del pueblo salvadoreño y se trate de encubrir la verdad de estos hechos sangrientos*", responsabilizando de la violencia a la derecha -a la que la misma Junta de Gobierno culpó como causante del desorden- y a algunos integrantes de la Guardia Nacional por su actitud provocadora. Comentaba Romero que la violencia represiva demostraba que la Junta de Gobierno no lograba controlar las organizaciones populares ni intimidarlas; más bien, reforzaba su postura frente al pueblo. Asimismo, reprochaba la actitud de un gobierno que necesitaba de la represión violenta para llevar adelante las reformas que podrían legitimarlo; reformas, por otra parte, echadas a andar sin consultar a

mexicana María Cortina, presente en la manifestación, junto a su colega Blanche, en Cortina, María, *El Salvador: Memoria intacta*, Génesis Editorial, ca. 1989, 52-53.

¹⁴ Gordon, Sara, *Crisis política y guerra en El Salvador*, Siglo XXI Editores, México, 1989, 298.

quienes se verían beneficiados por ellas. En este deslindar responsabilidades, Romero responsabilizaba a la Guardia Nacional de haber iniciado 'la balacera'¹⁵. En su Diario, Romero describió el hecho como una "tragedia" y como "la manifestación más grandiosa de la historia nacional"¹⁶.

Los sectores privilegiados veían con sorpresa cómo los movimientos populares se adueñaban del quehacer político: en adelante, nadie podía dejar de tener en cuenta a los organizadores de la manifestación, que representaban una oposición decidida al gobierno y que cuestionaban seriamente un sistema con privilegiados y marginados. Las fuerzas armadas, por su parte, veían con sorpresa las dimensiones de las organizaciones populares, cuyas acciones debían controlar, y que la dura represión desatada contra ellas no había logrado disminuir sus fuerzas. La multitudinaria manifestación de las organizaciones populares, en definitiva, intimidó a la oligarquía, que veía en la capacidad de convocatoria de las organizaciones populares un cuestionamiento serio a sus privilegios. Y las fuerzas armadas se dieron cuenta que estaban frente a organizaciones que podían hacerles frente.

En los días siguientes, Monseñor Romero se convirtió en referentes obligado y en consultor de todos los frentes: desde el embajador de Estados Unidos hasta comandantes de la guerrilla, desde integrantes de la nueva Junta Revolucionaria de Gobierno hasta dirigentes sindicales y de movimientos populares, desde los militares de alto rango hasta sacerdotes y periodistas¹⁷.

¹⁵ Romero, Mons. Óscar A., *Homilias*, tomo VI, UCA Editores, San Salvador, 2009, 241-245.

¹⁶ "Este día está marcado por la tragedia...se organizó una manifestación de las organizaciones populares políticas y otras organizaciones de izquierda de San Salvador. Se dice que es la manifestación más grandiosa de la historia nacional. Efectivamente, desde el monumento del Divino Salvador arrancaba esta manifestación hacia el centro de San Salvador, llenando cuadras y cuadras. A la altura del Palacio Nacional comenzaron ráfagas de metralla contra la manifestación, la cual se dispersó aturdida por todas partes, dejando en las calles varios muertos y muchos heridos... Recibí comunicación de la casa presidencial del Ingeniero Héctor Dada, miembro de la junta revolucionaria de gobierno, me informaba que el tiroteo no era de los cuerpos de seguridad porque todos estaban acuartelados, y que se había notado algunos disfrazados de agentes militares que habían participado en esta manifestación y que la queja que se había hecho de la Iglesia del Rosario, por parte de Marianela García, miembro del Comité de Derechos Humanos de El Salvador, era falsa, la cual había dicho que alrededor de la iglesia había policías y pedían que se retiraran, porque no había tales policías, según el informe del gobierno, que los tiros que se habían encontrado no pertenecían a las armas de los cuerpos de seguridad, etc... Pero por otra parte, reporteros que estaban presentes en los hechos y muchas voces de testigos, señalaban que los guardias que estaban en el balcón de Palacio Nacional habían tiroteado a la muchedumbre; algunos aseguran que hubo una provocación anterior a la actitud de los guardias...". Romero, Óscar A., *Diario*, edición del Arzobispado de San Salvador, 2000, 395-396, nota del 22.01.1980.

¹⁷ "Pero los periodistas no eran los únicos que visitaban a Romero. Los principales personajes políticos acudían con frecuencia al Arzobispado. El 23 de enero de 1980, un día después de la Marcha por la Unidad, se presentó a su oficina el entonces embajador de Estados Unidos, en El Salvador, acompañado del Secretario de Estado para Asuntos de América Central. En el encuentro, los estadounidenses revelaron a Monseñor aspectos confidenciales de sus proyectos para El Salvador. A esa misma oficina llegaban también miembros del Alto Mando Militar, dirigentes civiles

El doctorado honoris causa de la Universidad de Lovaina

El segundo acontecimiento tuvo lugar en febrero de 1980. Los dos últimos años de Romero trajeron aparejado el reconocimiento internacional. En 1978 la Universidad de Georgetown en Estados Unidos le otorgó un Doctorado Honoris Causa; en 1979 fue propuesto para el premio Nobel de la Paz, año en que le fue asignado a la Madre Teresa de Calcuta; en 1980, poco antes de su muerte, también la Universidad de Lovaina en Bélgica le otorgó un Doctorado Honoris Causa, y pocos días antes de su muerte, el 9 de marzo de 1980, la organización Acción Ecueménica Sueca le dio el 'Premio de la Paz 1980'. Todo ello constituyó un respaldo internacional que la oligarquía y las autoridades nacionales no podían dejar de tener en cuenta, especialmente a la hora de decidir su asesinato.

En su discurso de aceptación hecho en Lovaina, que se hizo público en el ámbito internacional y que en el país se conoció por medio de la prensa extranjera, Romero presentó a la Iglesia apoyando la concientización de los marginados y el derecho a la participación de las organizaciones populares. Estos conceptos habían sido enunciados por Romero ya desde su Tercera Carta Pastoral en agosto de 1978. Romero planteaba aquí sus ideas acerca de la Historia: la esencia de la Iglesia está en la salvación del mundo "*en la historia, aquí y ahora*"¹⁸; repetía sus cuestionamientos a las clases que detentaban privilegios, frecuentes ya en esos últimos meses, y presentaba un panorama del país, que "*en su inmensa mayoría está formado por hombres y mujeres pobres y oprimidos...*"¹⁹. A ellos añadía Romero nuevas opciones: el apoyo de la Iglesia al 'pueblo pobre', opciones que nacían de un criterio teológico: la identidad de la Iglesia se mantendría si apoyaba los proyectos políticos que debían

del gobierno, de las organizaciones populares y de los partidos políticos y un sinnúmero de sacerdotes y religiosas de quienes obtenía un franco apoyo o una dura condena, según el caso". Cortina, María, El Salvador ,62-63.

¹⁸ Sobrino, Martín-Baró, Cardenal, *La voz de los sin voz*, 184: "*La esencia de la Iglesia está en su misión de servicio al mundo, en su misión de salvarlo en totalidad, y de salvarlo en la historia, aquí y ahora*".

¹⁹ "*Vengo del más pequeño país de la lejana América Latina. Vengo trayendo en mi corazón de cristiano salvadoreño y de pastor, el saludo, el agradecimiento y la alegría de compartir experiencias vitales... Nuestro mundo salvadoreño no es una abstracción, no es un caso más de lo que se entiende por 'mundo' en países desarrollados como el de ustedes. Es un mundo que en su inmensa mayoría está formado por hombres y mujeres pobres y oprimidos... Ahora sabemos mejor lo que es el pecado. Sabemos que la ofensa a Dios es la muerte del hombre. Sabemos que el pecado es verdaderamente mortal, pero no sólo por la muerte interna de quien lo comete, sino por la muerte real y objetiva que produce. Recordamos de esa forma el dato profundo de nuestra fe cristiana. Pecado es aquello que dio muerte al Hijo de Dios y pecado sigue siendo aquello que sigue dando muerte a los hijos de Dios... Los antiguos cristianos decían: 'La gloria de Dios es que el hombre viva'. Nosotros podríamos concretar esto diciendo: 'La gloria de Dios es que el pobre viva'*". Discurso en la Universidad de Lovaina, Bélgica, al recibir el Doctorado Honoris Causa en Humanidades, el 2 de febrero de 1980.

ir al encuentro de las necesidades de los pobres. La mirada hacia la realidad de parte de la Iglesia debía partir, según el discurso de Romero, desde el mismo pueblo, e impulsar los movimientos que llevasen a la justicia²⁰.

La carta al presidente de Estados Unidos James Carter

El tercer acontecimiento que contribuyó a acelerar la decisión de asesinar al arzobispo fue, sin duda, la carta que Romero mandó al presidente de Estados Unidos James Carter, carta que hizo pública en la homilía de la misa del 17 de febrero de 1980. La carta mostraba la preocupación ante la noticia de que Estados Unidos reanudaría la ayuda militar a la Junta de Gobierno, lo que, lejos de “favorecer una mayor justicia y paz en El Salvador, agudiza(ría) sin duda la injusticia y la represión en contra del pueblo organizado”. Romero argumentaba además la incapacidad de la Junta para resolver los graves problemas nacionales y la constante recurrencia a la represión más violenta, lo que ponía en evidencia que la Junta no gobernaba realmente al país, y que el poder político estaba en manos de los militares más represivos. Un periodista estadounidense calificó la carta de “devastadora”²¹.

Con todo, Romero iba más allá: la carta, interrumpida varias veces por los aplausos de los presentes en la misa, pedía al presidente Carter que prohibiese el envío de ayuda militar y garantizase la no intervención de Estados Unidos en asuntos internos del país, porque “el pueblo salvadoreño es el único capacitado para resolver

²⁰ “Es una novedad en nuestro pueblo que los pobres vean en la Iglesia una fuente de esperanza y un apoyo a su noble lucha de liberación. La esperanza que fomenta la Iglesia no es ingenua ni pasiva. Es más bien un llamado desde la palabra de Dios a la propia responsabilidad de las mayorías pobres, a su concientización, a su organización, en un país en que, unas veces con más intensidad que otras, está legal o fácticamente prohibida. Y es un respaldo, a veces también crítico, a sus justas causas y reivindicaciones. La esperanza que predicamos a los pobres es para devolverles su dignidad y para animarlos a que ellos mismos sean autores de su propio destino... Pero en lugar de detallarles todos los vaivenes de la política en mi país he preferido explicarles las raíces profundas de la actuación de la Iglesia en este mundo explosivo de lo socio-político. Y he pretendido esclarecerles el último criterio, que es teológico e histórico, para la actuación de la Iglesia en este campo: el mundo de los pobres. Según les vaya a ellos, al pueblo pobre, la Iglesia irá apoyando desde su especificidad uno u otro proyecto político. Creemos que ésta es la forma de mantener la identidad y la misma trascendencia de la Iglesia. Insertarnos en el proceso socio-político real de nuestro pueblo, juzgar de él desde el pueblo pobre e impulsar todos los movimientos de liberación que conduzcan realmente a la justicia de las mayorías y a la paz para la mayorías.” Romero, Óscar A., “La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres”, discurso de aceptación del doctorado honoris causa por la Universidad de Lovaina, 2 de febrero de 1980.

²¹ *La Prensa Gráfica*, 'Condición de Estados Unidos para ayuda a El Salvador', 23.02.1980.

sus propios problemas". Nadie se había atrevido a tanto en los ciento sesenta años de historia del país²².

Romero insistiría en este argumento días más tarde, al volver a comentar esta carta en las homilias de las misas de los días siguientes²³. No dejaba de tener razón el obispo: resultaba paradójico que un gobierno que proclamaba su intención de hacer respetar la vigencia de los derechos humanos resultase por ello merecedor de ayuda en armas.

La carta tuvo una inmensa repercusión, incluso en el ámbito internacional, en la prensa de muchos países y en el Vaticano. No era común que un obispo de un país muy pequeño y dependiente hablase de esa forma al presidente de Estados Unidos,

²² *"Señor Presidente: En estos últimos días ha aparecido en la Prensa Nacional una noticia que me ha preocupado bastante: Según ella su gobierno está estudiando la posibilidad de apoyar y ayudar económica y militarmente a la Junta de Gobierno. Por ser usted cristiano y por haber manifestado que quiere defender los Derechos Humanos me atrevo a exponer mi punto de vista pastoral sobre esta noticia y hacerle una petición concreta. Me preocupa bastante la noticia de que el Gobierno de Estados Unidos esté estudiando la manera de favorecer la carrera armamentista de El Salvador enviando equipos militares y asesores para "entrenar a tres batallones salvadoreños en logística, comunicaciones e inteligencia". En caso de ser cierta esta información periodística, la contribución de su Gobierno en lugar de favorecer una mayor justicia y paz en El Salvador agudiza sin duda la injusticia y la represión en contra del pueblo organizado que muchas veces ha estado luchando porque se respeten sus derechos humanos más fundamentales. (APLAUSOS) La actual Junta de Gobierno y sobre todo las Fuerzas Armadas y los cuerpos de seguridad desgraciadamente no han demostrado su capacidad de resolver, en la práctica política y estructuralmente, los graves problemas nacionales. En general sólo han recurrido a la violencia represiva produciendo un saldo de muertos y heridos mucho mayor que los regímenes militares recién pasados (APLAUSOS) cuya sistemática... violación a los derechos humanos fue denunciada por la misma Comisión Interamericana de Derechos Humanos. La brutal forma como los cuerpos de seguridad recientemente desalojaron y asesinaron a ocupantes de la sede de la Democracia Cristiana a pesar de que la Junta de Gobierno y el Partido -parece ser- no autorizaron dicho operativo es una evidencia que la Junta y la Democracia Cristiana no gobiernan el país sino el poder político está en manos de militares sin escrúpulos que lo único que saben hacer es reprimir al pueblo y favorecer los intereses de la oligarquía salvadoreña. (APLAUSOS) Si es verdad que en noviembre pasado "un grupo de seis americanos estuvo en El Salvador (...) suministrando doscientos mil dólares en máscaras de gases y chalecos protectores e instruyendo sobre su manejo contra las manifestaciones", Ud. mismo debe estar informado que es evidente que a partir de entonces los cuerpos de seguridad con mayor protección personal y eficacia han reprimido aún más violentamente al pueblo utilizando armas mortales. (APLAUSOS) Por tanto, dado que como salvadoreño y Arzobispo de la Arquidiócesis de San Salvador tengo la obligación de velar porque reine la fe y la justicia en mi país, le pido que si en verdad quiere defender los derechos humanos: Prohíba se dé esta ayuda militar al Gobierno Salvadoreño. Garantice que su gobierno no intervenga directa o indirectamente con presiones militares, económicas, diplomáticas, etc., en determinar el destino del pueblo salvadoreño. En estos momentos estamos viviendo una grave crisis económico-política en nuestro País, pero es indudable que cada vez más el pueblo es el que se ha ido concientizando y organizando y con ello ha empezado a capacitarse para ser el gestor y responsable del futuro de El Salvador y el único capaz de superar la crisis. (APLAUSOS) Sería injusto y deplorable que por la intromisión de potencias extranjeras se frustrara el pueblo salvadoreño, se le reprimiera e impidiera decidir con autonomía sobre la trayectoria económica y política que debe seguir nuestra patria. Supondría violar un derecho que los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla reconocimos públicamente -cuando dijimos- "La legítima autodeterminación de nuestros pueblos que les permita organizarse según su propio genio y la marcha de su historia y cooperar en un nuevo orden internacional..." (Puebla, 505). Espero que sus sentimientos religiosos y su sensibilidad por la defensa de los derechos humanos lo moverán a aceptar mi petición evitando con ello un mayor derramamiento de sangre en este sufrido país. (APLAUSOS) Atentamente: Óscar A. Romero (Arzobispo)". Romero, Óscar A., *Homilias*, tomo VI, 293-294.*

²³ *"...estamos hartos de armas y balas... El hambre que tenemos es de justicia, de alimento, medicinas, educación y programas efectivos de desarrollo equitativo. Si se llega a respetar los derechos humanos lo que menos necesitamos serán armas ni métodos de muerte...". Romero, Óscar A., *Homilias*, Tomo VI, UCA Editores, San Salvador, 2005, 325.*

desgastando así las intenciones del gobierno de incrementar la represión. Las reacciones en Estados Unidos fueron inmediatas pero informales: una reacción formal hubiera dado aún más la razón a Romero y hubiera aumentado su protagonismo en la crisis. Ante las presiones posteriores, Romero mantuvo los argumentos de su carta pública: la ayuda militar a un gobierno que no es aceptado por las mayorías sería usada para aumentar la represión, implicaría una intervención en la política interna del país; la magnitud de la crisis implicaba que fuera el propio pueblo quien decidiera su destino: “el pueblo, autor de su propio destino”²⁴. En el Vaticano, por otra parte, a donde también llegaron las repercusiones de la carta, y donde estaba afirmándose el nuevo Papa, Juan Pablo II, conservador y de una gran aceptación popular, las reacciones fueron de sorpresa²⁵.

El obispo no logró que se interrumpiera la ayuda militar del gobierno de Estados Unidos al de El Salvador; por el contrario, ésta fue en aumento y en poco tiempo sería cuantiosa. No logró tampoco que cesara la intervención en los asuntos internos del país. La carta del obispo era “un último y desesperado intento pacificador”; sin

²⁴ “...una entrevista con el representante de Estados Unidos, que en ausencia del embajador nuevo, está llevando los asuntos norteamericanos en El Salvador. El punto principal de la conversación fue el comentario sobre mi carta, dirigida el domingo recién pasado, al presidente Carter, de Estados Unidos. Me dijo, en primer lugar, que el presidente no había recibido esta carta, a la que se ha dado ya amplia difusión en todo el mundo, y traté de explicarme el objeto principal de la carta, que era la ayuda militar a El Salvador, explicándome que no se trataba de poner armas en los cuerpos de seguridad, sino de perfeccionar algunos elementos que faltan en el ejército, y así otras explicaciones, que yo traté de contestar diciéndole que yo me basaba en una información y condicionadamente a esa información le hacía mi comentario y que mantenía mis temores de que una ayuda militar, aunque fuera con las distinciones que él me explicaba, siempre redundaría en mayor represión del pueblo, ya que es el mismo ministro de defensa el que lleva ambos sectores de la institución militar y que, por más que se dijera que no era para las fuerzas armadas, podía terminar allá esta ayuda de cinco millones, nada menos, para armarse más y reprimir más al pueblo, y en cuanto a la influencia de Norteamérica (sic) en la política del país, le decía que una ayuda al gobierno, que no tiene apoyo popular, aparecería ante el pueblo como una imposición y que lo que más agradeceríamos era impulsar el proceso que el pueblo lleva ya adelante y no estorbarlo, imponiendo otro modo que no es el que el pueblo se construye como autor de su propio destino. Hubo otros temas y lo más importante fue que el señor embajador se llevaba la sugerencia de que esta ayuda militar ojalá se condicionara a que las reformas, que tanto se anuncian, se comenzaran a llevar a cabo y que se eliminara la línea represiva, que evidentemente prevalece en el gobierno actual”. Romero, Óscar A., *Diario*, 435, nota del 21.02.1980.

²⁵ Romero comentaba las reacciones del Vaticano a su carta al presidente de Estados Unidos de esta forma: “Por la noche, el Padre Estrada y el padre Ellacuría vinieron a buscarme para comunicarme que la homilía del domingo pasado ha causado revuelo en Roma y que el general de los jesuitas, le comunicó, al provincial de Centroamérica, el comentario que se hace en la misma Secretaría de Estado. Esta misma noche, hablarán con el Padre Jerez que está en Panamá, para que si es necesario vaya a Roma a explicar la situación y ver que las palabras de la homilía corresponden a las situaciones tan difíciles de El Salvador. En concreto, la carta que se anuncia para el presidente de Estados Unidos y que fue leída en la homilía, y que es, parece, la causa principal de este comentario, se inspira en el peligro próximo que supone la ayuda militar a El Salvador y, sobre todo, el nuevo concepto de guerra particular, que consiste en eliminar de manera homicida todos los esfuerzos de las organizaciones populares, bajo pretexto de comunismo o terrorismo. Esta guerra quiere acabar no solo con los hombres directamente responsables, sino con toda su familia, que, según ese concepto, se encuentra toda envenenada de estos conceptos terroristas y hay que eliminarla. El peligro, pues, es grave, y la carta se orienta a pedir al presidente de Estados Unidos que no facilite un subsidio de carácter militar que vendría a suponer mucho daño en nuestro pueblo, porque trataría de eliminar y de matar muchas vidas.” Romero, Óscar A., *Diario*, 395-396, nota del 22.01.1980.

embargo, la obtusa política estadounidense la percibía como un pesado escollo a su programa de atención a la crisis de un pequeño y molesto país. Un mes después de esta carta, su autor moriría asesinado de un balazo.

Los cuestionamientos a la oligarquía

El cuarto factor que contribuyó a la decisión del asesinato de Romero fue su cuestionamiento a la oligarquía, que derivó en un progresivo distanciamiento del arzobispo. Este cuestionamiento quedó en evidencia ya desde los primeros días del trabajo de Romero en San Salvador, y se convirtió en constante reclamo a partir de mediados de 1979 hasta su asesinato.

Anteriormente habíamos aludido a la 'miopía' de las clases que detentaban las riquezas, que en 1972 dejaron pasar la oportunidad de atender el diálogo que reclamaban las organizaciones populares acerca de las necesidades insatisfechas de las mayorías, lo que podría haber dado lugar al inicio de la construcción de una sociedad más igualitaria y, con ello, más justa y estable. La oligarquía dejó escapar también la ocasión que surgió en 1979, con el golpe de estado de octubre, que presentaba un programa de reformas sociales sumamente ambicioso y que hubiera contribuido a un mejoramiento de las clases marginadas, atenuando la crisis. Y dejó escapar también la ocasión brindada por el golpe de estado de 1979: su tenaz oposición a las reformas que proponía el programa de los militares que habían llevado a cabo el golpe obligó a llevarlas a cabo en medio a un baño de sangre que terminó por anular sus efectos. La superación de esta miopía podría haber evitado el proceso que llevó a la sangrienta guerra civil de 1980 a 1992.

La oposición de la oligarquía al trabajo de Romero quedó en evidencia ya desde mediados de 1977. Las despiadadas campañas de difamación, los asesinatos por medio de los grupos violentos de derecha que actuaban en forma paralela a la agenda del gobierno y los atentados contra la radio del arzobispado²⁶, fueron motivo

²⁶ *"Cualquiera que sea la organización que se la quiera atribuir (el atentado a la radio ISAX), eso no nos importa, lo que nos importa es que, en último término, los responsables son los miembros de la oligarquía que en estos momentos está desesperada y ciegamente está queriendo reprimir al pueblo... Este hecho de haber dinamitado la ISAX es todo un símbolo. ¿Qué significa? La oligarquía, al ver que existe el peligro de que pierda el completo dominio que tiene sobre el control de la inversión, de la agro exportación y sobre el casi monopolio de la tierra, está defendiendo sus egoístas intereses, no con razones, no con apoyo popular, sino con lo único que tiene, dinero que le permite comprar*

de los cuestionamientos de Romero a la oligarquía, que se sumaban a sus constantes llamados a “no idolatrar las riquezas” y a considerarla públicamente como “ciega” y “desesperada”. El arzobispo cuestionó reiteradamente, y con insistencia desde mediados de 1979 en adelante, el egoísmo de los sectores privilegiados, que se negaban a compartir sus riquezas para ir al encuentro de la crisis de las mayorías marginadas. Las reformas propuestas por el golpe de estado de octubre de 1979, y su puesta en marcha desde principios de 1980, agudizaron el enfrentamiento.

De hecho, la oposición de la oligarquía a las reformas fue una de las causas que obligaron a que éstas se impusiesen con un alto costo represivo, sufrido en su mayor parte por las clases marginadas. El arzobispo no se preocupó por ocultar sus reclamos, dirigidos especialmente a la decisión de la oligarquía de defender a toda costa tanto sus privilegios y sus riquezas como los espacios de decisión. Para hacer públicos sus reclamos se valió de sus homilías en las misas de los domingos y de sus intervenciones en entrevistas de medios de comunicación extranjeros. Con frecuencia, sus reclamos tocaban argumentos tomados del pensamiento social cristiano, como el argumento de la absolutización de la riqueza y el enriquecimiento a costa de la pobreza de los demás. Con frecuencia, también, hizo evidente su preocupación ante esta situación, contraponiéndola con “el espíritu de combate de nuestro pueblo”.

Sus menciones sobre la insostenibilidad de la postura de la oligarquía, que debería acabar cediendo a los reclamos del pueblo y al advenimiento de “tiempos nuevos”, constituyen preciosas alusiones a la utopía de una 'sociedad nueva', lo que coincidía, si bien por otros medios, con las propuestas de las organizaciones populares armadas que buscaban llegar al poder político por medio de la violencia. En la voz de una persona mayor -Romero nació en 1917, tenía 60 años en 1977 cuando llegó al arzobispado de San Salvador- y que pertenecía a la más alta jerarquía de la Iglesia católica, esta alusión a la utopía adquiría características emblemáticas y acercaba las posturas ante la crisis de la guerrilla y del arzobispo.

armas y pagar mercenarios que están masacrando al pueblo y ahogando toda legítima expresión que clama justicia y libertad... Por ello estallan todas las bombas manejadas bajo ese signo: la de la UCA. Por ello también han asesinado a tantos campesinos y estudiantes, maestros, obreros y demás personas organizadas”. Homilía del 24.02.1980, citado por Márquez Ochoa, Armando, Martirologio de Monseñor Romero. Testimonio y catequesis martirial de la Iglesia salvadoreña, Comunidades eclesiales de base, sin datos editoriales, San Salvador, 57.

Junto a sus denuncias había una clara opción por las propuestas de las organizaciones populares, lo que situaba a Romero en posturas opuestas a las de la oligarquía: "...derecha significa, cabalmente, injusticia social". Al tiempo que criticaba la violencia de la derecha, hacía coincidir los reclamos de las organizaciones populares con el concepto de pueblo. Sin embargo, los conceptos que más malestar produjeron en la oligarquía salvadoreña fueron, probablemente, las alusiones a "ese reducido núcleo de familias" que detentaban el poder económico; a las fuerzas armadas, que oficiaban de fieles custodios de un sistema que permitía esos privilegios; y las cada vez más frecuentes alusiones de Romero a los sectores privilegiados como responsables de la pobreza y de la violencia. Se decía más arriba que "en un país pequeño como El Salvador, la oligarquía tiene nombre y apellido, y son conocidos por todos". En este contexto, las alusiones de Romero no podían pasar desapercibidas para quienes lo escuchaban: muchos de ellos lo conocían personalmente²⁷.

El arzobispo se expresaba con claridad ante los periódicos extranjeros y ante ellos incluso llegó a oponer la oligarquía al 'pueblo', ya en 1980, cuando exteriorizaba abiertamente la radicalidad de sus opciones, volviendo con frecuencia a las reflexiones sobre las utopías que había planteado en 1978 y habiéndose verificado ya los fracasos de los procesos democráticos de 1972 y 1977, así como la desilusión por las cada vez más lejanas esperanzas depositadas en el golpe de estado de 1979.

Los cuestionamientos al Partido Demócrata Cristiano

Un quinto acontecimiento que aceleró el asesinato de Romero estuvo conformado por los reclamos de Romero al Partido Demócrata Cristiano y al gobierno: tanto el partido que 'desembarcaba' en el gobierno después de la renuncia de los civiles de la primera Junta, como la misma Junta Revolucionaria de Gobierno que

²⁷ En respuesta a la pregunta ¿Cuál es, a su juicio, la causa de la violencia en El Salvador?, en la entrevista concedida a la Agencia Informativa Latinoamericana Prensa Latina el 15 de febrero de 1980, Romero respondió: "...la causa de todo nuestro malestar es la oligarquía, ese reducido núcleo de familias al que no le importa el hambre del pueblo... Esta oligarquía no admite la sindicalización campesina ni obrera, ya que la considera peligrosa para sus intereses económicos. Ahora bien, la absolutización de la riqueza y de la propiedad lleva consigo la absolutización del poder político, económico y social, sin el cual no es posible mantener sus niveles de ganancias, aunque sea a costa de la pobreza creciente de las clases trabajadoras. En nuestro país, ésta es la causa de la violencia represiva, y es, en último término, la causa principal de nuestro subdesarrollo económico, político y social. Las fuerzas armadas son las encargadas de velar por los intereses de la oligarquía, de cuidar la estructura económica y política con el pretexto de que éste es el interés de la seguridad nacional".

había llegado al poder político como producto de un golpe de estado que había abierto amplias esperanzas, así como las fuerzas armadas, fueron objeto también de sus reclamos públicos. Los reclamos tenían tres argumentos fundamentales: que la Junta de Gobierno no controlaba las fuerzas de seguridad y, por lo tanto, no controlaba la violencia²⁸; que la presencia en el gobierno de la Democracia Cristiana, con el prestigio internacional que detentaba, daba visos de legalidad a un gobierno que había prometido acabar con la represión y, sin embargo, aún reprimía con violencia los reclamos legítimos de las organizaciones populares; y que las fuerzas armadas actuaban al servicio de las clases que ostentaban la riqueza.

La creciente violencia represiva de las fuerzas de seguridad contrastaba con las constantes proclamas en favor del respeto a los derechos humanos por parte de la Junta. Ello ponía en evidencia que la Junta de Gobierno que detentaba el Poder Ejecutivo no controlaba el uso de la fuerza pública, así como la connivencia de las fuerzas armadas con la represión que provenía de la derecha. Se hacía evidente, de este modo, que las fuerzas armadas respondían a los intereses de las clases privilegiadas para impedir la concreción de las reformas que proponía la Junta, lo que dejaba en evidencia la debilidad intrínseca del proceso iniciado en 1979 y su dependencia del sector tradicional de las fuerzas armadas²⁹.

El Partido Demócrata Cristiano había llegado a la Junta de Gobierno ante la renuncia de los miembros civiles de la misma en los primeros días de enero de 1980. La anuencia de la embajada de Estados Unidos a esta solución fue evidente: la

²⁸ *“Lo que sí se ha evidenciado más, en esta semana, es que ni la Junta ni la Democracia Cristiana están gobernando al país; (APLAUSOS) sólo se están prestando a que se dé, a nivel nacional e internacional, esta apariencia. La masacre del 12 de febrero en contra de manifestantes del MERS y el sangriento desalojo de los ocupantes de la sede de la Democracia Cristiana manifiestan, claramente, que ellos no son los que gobiernan sino el sector más represivo de las Fuerzas Armadas y de los cuerpos de seguridad. (APLAUSOS) Los mismos dirigentes de la Democracia Cristiana reconocen que estos actos no pueden menos que considerarse como actos de desobediencia y contravención a la posición adoptada por la Junta a través del coronel Majano cuando se aseguraba la no intervención de los cuerpos de seguridad... Si la Junta y la Democracia Cristiana no quieren ser cómplices de tanto abuso de poder y tanto crimen, deben señalar y sancionar a los responsables. No basta que digan que van a hacer investigaciones. Hay testigos presenciales, dignos de credibilidad para los miembros de la Junta y del partido, que pueden abreviarles las investigaciones.”* Romero, Óscar A., *Homilias*, tomo VI, homilía en la misa del 17.02.1980, 291-292.

²⁹ *“Da la impresión de que es la derecha la que está gobernando. (APLAUSOS) Y así será, mientras el gobierno no señale y sancione a los responsables de tanta represión y sea incapaz de llevar adelante las reformas propuestas en favor del pueblo pobre; porque la oligarquía es la que está aprovechando de esta debilidad política del Gobierno para atacarlo e impedir, por la fuerza militar, que lleve a cabo sus reformas. Cada vez más se vuelve a oír, como antes, el rumor popular de la connivencia entre los cuerpos de seguridad y los grupos clandestinos armados de derecha. El sufrimiento del pueblo crece hasta hacerse ya imposible siquiera un recuento de los hechos violentos de esta procedencia de derecha”.* En Romero, Óscar A., *Homilias*, Tomo VI, 295.

Democracia Cristiana le daba a un gobierno que había surgido de un golpe de estado una apariencia de legalidad de la que carecía, al tiempo que le otorgaba una cierta credibilidad en el ámbito internacional. Para Romero, ello contribuía a ocultar la crisis política y social. Sus reclamos hacían hincapié en utilizar el capital político del partido en lugares donde fuera más eficaz: con ello, daba a entender que su presencia en la Junta de Gobierno era ineficaz.

Muchos de los dirigentes de la Democracia Cristiana eran católicos convencidos y cercanos a Monseñor Romero. Incluso casi todos ellos consultaron con el arzobispo antes de asumir sus cargos en el gobierno. Estaban convencidos de su servicio al país al integrar un gobierno cuestionado y asumieron su trabajo con optimismo. Era para el partido una ocasión de recuperar el protagonismo perdido en manos de los movimientos populares.

Las críticas de Romero al papel de la Democracia Cristiana en la Junta de Gobierno iban más allá: tenían que ver con el futuro mismo del partido y con la adhesión popular que podrían haber tenido, puesta ahora en tela de juicio. La Democracia Cristiana había llegado al poder como la solución moderada a una crisis irreversible y Romero presentaba esta opción como un fracaso. Evidentemente, todo ello no podía no causar malestares, tanto en la Democracia Cristiana como en la oligarquía y en los sectores dirigentes de las fuerzas armadas, ya que ponía en tela de juicio su accionar político.

La presencia de la Democracia Cristiana en la Junta de Gobierno representaba una cierta certeza de la realización de la reforma agraria que había impulsado la embajada de Estados Unidos. Por lo menos, implicaba mantener la reforma en la agenda de la Junta. Quitar la Democracia Cristiana de la Junta implicaba terminar con la reforma agraria y las demás reformas, que, de todos modos, originaban un serio rechazo por parte de los dueños de la tierra³⁰. Sin duda, muchos de los dirigentes de la Democracia Cristiana habían llegado a la Junta de gobierno contando con la idea de llevar a cumplimiento los ideales de justicia que figuran entre las ideas originarias del Partido. Aun reconociendo dentro de la Democracia Cristiana matices de

³⁰ Conceptos de Héctor Dada Hirezi, antiguo militante democristiano y ex integrante de la Junta Revolucionaria de Gobierno surgida después del golpe de estado de octubre de 1979, en entrevista del 05.11.2014.

interpretación de esos ideales, con tendencias hacia la 'izquierda' o hacia el 'centro' ideológico, hay que reconocer también sus buenas intenciones.

Pero la presencia de la Democracia Cristiana contribuía a dar visos de legalidad a la Junta, por lo menos en el ámbito internacional. Era el precio que pagaron algunos militantes democristianos al permanecer en la Junta ante la debacle general del proceso, especialmente después del asesinato de Monseñor Romero, para salvar lo que aún pudiera salvarse³¹. Sin embargo, el progresivo giro hacia el abandono de los ideales de la proclama del 15 de octubre y la agudización de la represión provocaron un rechazo generalizado que Romero mencionaba con insistencia ya desde febrero de 1980.

La homilía del 23 de marzo: llamado a las fuerzas armadas a la desobediencia

Un último acontecimiento que sin duda contribuyó a acelerar la decisión de asesinar a Romero fue, sin duda, la emotiva homilía del domingo 23 de marzo de 1980, un día antes de su asesinato. La homilía desencadenó el temor de las fuerzas armadas y de los sectores que detentaban las riquezas, lo que contribuyó a que se tomara la decisión de asesinarlo. En su homilía, Romero hizo un llamado público contra la represión instando a los soldados a la desobediencia. La popularidad creciente de Romero entre los soldados sin rango se había acentuado desde mediados de 1979, cuando en mayo leyó públicamente una serie de exigencias de éstos: los soldados se dirigían directamente a Romero y éste no rehuyó el diálogo, lo que no dejó de alarmar a los oficiales de las fuerzas armadas.

Vale la pena citar las últimas palabras de esa homilía del 23 de marzo de 1980, interrumpida numerosas veces por aplausos que se citan aquí:

“Yo quisiera hacer un llamamiento de manera especial a los hombres del Ejército, y en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la policía, de los cuarteles: Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y, ante una orden de matar que dé un hombre, debe de prevalecer la ley de Dios que dice: “No matar”. (APLAUSOS) Ningún soldado está

³¹ El militante democristiano Antonio Morales Ehrlich expresaba estos conceptos en entrevista realizada en la sede del actual partido Cambio Democrático, en abril de 2013.

obligado a obedecer una orden contra la Ley de Dios. (APLAUSOS) Una ley inmoral nadie tiene que cumplirla. (APLAUSOS) Ya es tiempo de que recuperen su conciencia, y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. (APLAUSOS) La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la ley de Dios, de la dignidad humana, de las persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el Gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre. (APLAUSOS) En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡cese la represión! (APLAUSOS)"³²

Esta parte de la homilía fue interrumpida seis veces en ese breve lapso por aplausos espontáneos, lo que indicaba la adhesión popular a las palabras de Romero y disparaba aún más las alarmas de quienes detentaban el poder político y los privilegios: el arzobispo llamaba a la desobediencia a los soldados y esto era aprobado por las mayorías que lo escuchaban. Los oficiales podían ahora temer que sus órdenes de matar no serían obedecidas.

Sin duda, fue la primera -¡y última!- vez que un miembro de la jerarquía de la Iglesia católica hablaba en esos términos, y no podía sino despertar la reacción de los militares del sector tradicional de las fuerzas armadas, partidarios de la represión más dura. Y sin duda, también, despertó el temor de la oligarquía: si los soldados cumplían la 'orden' de 'Monseñor' de desobedecer, el sistema no podría mantenerse porque estaba basado en la represión.

La decisión de asesinarlo al día siguiente se tomó esa misma noche en la finca 'San Luis' de la ciudad de Santa Tecla, cercana a San Salvador, donde, con la presencia de personajes de la oligarquía y del ala tradicional de las fuerzas armadas, y con la participación protagónica del ex mayor del ejército Roberto D'Aubuisson, se ultimaron los detalles para el asesinato³³ que se llevaría a cabo el día siguiente.

El funeral de Monseñor Romero en la Plaza Libertad fue la última gran manifestación de las masas en El Salvador. Más de 100.000 personas participaron en ella y la Guardia Nacional abrió fuego contra la multitud, ocasionando más de 50

³² Romero, Óscar A., *Homilías*, tomo VI, homilía del 23.03.1980, 453.

³³ Comisión de la Verdad de las Naciones Unidas, *Informe. De la Locura a la esperanza. La guerra de 12 años en El Salvador*, Editorial Universitaria, San Salvador, 1993, 175-180.

muerdos y más de 600 heridos³⁴. Con la muerte de Romero todos perdieron. La Iglesia católica perdió un "pastor" y un "profeta". El pueblo perdió un líder natural y "el espejo que reflejaba el caminar de su proceso". Las organizaciones populares perdieron un gran apoyo moral y la figura que simbolizaba la posibilidad de la unidad alrededor de una crítica sana. La guerrilla perdió un referente precioso que garantizaba una opinión internacional favorable. La Junta de Gobierno perdió la posibilidad de un diálogo sincero y el contacto con las mayorías marginadas, dejando en evidencia que no podía controlar la violencia de la derecha. Las clases que ostentaban los privilegios perdieron aparatosamente porque dejaban al descubierto sus intereses. Y las fuerzas armadas perdieron, finalmente, toda credibilidad³⁵.

El asesinato de Romero: 1980

El lunes 24 de marzo, mientras oficiaba misa en el Hospital para cancerosos La Divina Providencia, Monseñor Romero fue asesinado de un solo balazo, tirado por un tirador profesional desde el fondo de la capilla del Hospital.

Las palabras de Romero habían puesto en evidencia la progresiva radicalidad de sus propias opciones, que el arzobispo había tomado basándose en las propuestas del episcopado latinoamericano expuestas en los documentos de Medellín y Puebla. Y había puesto en evidencia, también, la fragilidad de la Junta de Gobierno y su incapacidad para controlar a las fuerzas de seguridad. En el fondo, había puesto en evidencia la miopía de las clases privilegiadas que se negaban a aceptar un diálogo que cuestionase sus privilegios y ofreciese una salida no violenta a la crisis, y la

³⁴ Gordon, Sara, *Crisis política*, 305.

³⁵ "El balance de la muerte de monseñor Romero es negativo: la iglesia pierde un verdadero 'pastor' que arrastraba la pesada institución eclesial por nuevas rutas de compromiso con los pobres. Pierde un profeta, que coincidió con ser obispo –asociación difícil de encontrar. Pierde un hombre que era líder natural y que se dejaba configurar por 'los signos de los tiempos' buscando la palabra adecuada para cada momento. El pueblo pierde a su líder religioso, cuya humildad y asequibilidad son ya legendarias. Pierde, por decirlo así, el espejo que reflejaba el caminar de su proceso; pierde al guía que le hacía percibir el avance, radicalidad y justeza del camino emprendido. El movimiento revolucionario pierde un gran apoyo moral, una inspiración, una instancia de crítica sana, la personalidad que garantizaba la tónica heroicamente fraterna de la organización y el puntal en quien se polarizaba el interés y la simpatía de la comunidad internacional. El único punto positivo es lo que 'se gana' por haberse puesto en evidencia el carácter brutal de la Junta". Cabarrús, Carlos R., *Génesis de una revolución. Análisis del surgimiento y desarrollo de la organización campesina en El Salvador*, Ediciones de la Casa Chata, México, 1984, 317.

dependencia de las fuerzas armadas que continuaban defendiendo un sistema cada día más difícil de defender.

Sin duda, las causas del asesinato del arzobispo deben buscarse en el desencanto de la oligarquía ante esas opciones, que ponían en tela de juicio la riqueza y los privilegios de quienes habían manejado el país desde fines del siglo anterior: sintieron como una traición la actitud cada vez más lejana del arzobispo, cada vez más cercano a las organizaciones populares, que dejaba de lado la larga tradición de alianzas entre la jerarquía de la Iglesia católica y el sistema. Sin duda, también, algunos miembros de la oligarquía contribuyeron a la decisión de asesinar a Romero, a la que se sumaron algunos oficiales de las fuerzas armadas, desencantados con el crecimiento de las organizaciones populares que no podían controlar. El Informe de la Comisión de la Verdad, en el apartado dedicado al asesinato del arzobispo, llega a conclusiones categóricas ("*Existe plena evidencia...*") en este sentido³⁶. El juicio que el estado salvadoreño llevó a cabo poco después para aclarar el asesinato dejó más dudas que certezas.

La prensa escrita, que en El Salvador respondió siempre a los intereses de sectores privilegiados, dueños de esos medios de comunicación, había tomado postura ya desde fines de 1977, pero se volvió abiertamente hostil al arzobispo desde mediados de 1979. En 1980, pocos días antes del asesinato, *El Diario de Hoy*, uno de los dos periódicos de mayor circulación en el país, criticaban en términos inequívocamente hostiles, tales como "... *un Arzobispo demagogo y violento... (que) estimuló desde la catedral la adopción del terrorismo...*"³⁷.

Los dueños de la riqueza, que habían usado a las fuerzas armadas del país desde fines del siglo XIX para dejar a salvo sus intereses, apelaba a su intervención también en esta situación. El mismo periódico que había llamado a la intervención de las fuerzas armadas para solucionar el problema de los salvadoreños que volvían de Honduras, agudizando así la crisis por la falta de empleo en el país, con la lógica agudización de las tensiones sociales, llamaba ahora a la intervención de las mismas fuerzas armadas ante un problema que le era propio: el cuestionamiento del sistema en el que ostentaba privilegios. También aquí, la cita que traemos está fechada unas

³⁶ Comisión de la Verdad, de las Naciones Unidas, *Informe*, 172 a 180.

³⁷ *El Diario de Hoy*, San Salvador, 11.02.1980, pág. 53.

pocas semanas antes del asesinato de Romero: "...será conveniente que la Fuerza Armada empiece a aceitar sus fusiles..."³⁸.

Y los oficiales de las fuerzas armadas, renunciando a los programas propuestos en las proclamas, habían creado un ambiente de violencia e impunidad que hizo posible la existencia de grupos violentos que adaptaron la justicia a sus intereses.

Conclusión: las esperanzas frustradas, las oportunidades perdidas

Hay momentos en que parece que la historia se acelera, que se hace más intensa; son momentos que aparecen cargados de una gran 'densidad histórica'. Las condiciones estaban dadas para ello en 'el Pulgarcito de América' de fines de los años 60s. Lo mismo se podría decir del periodo comprendido entre los años 1979 y 1980. En esos breves dos años, El Salvador se encontró ante una encrucijada vital: la inmensa posibilidad de iniciar el camino hacia la construcción de una sociedad más igualitaria, que fuera al encuentro de las necesidades de las grandes mayorías marginadas desde siglos de los beneficios del sistema, o perpetuar -nuevamente- la injusticia. En 1980 en El Salvador coincidieron muchas situaciones que presentaban esta encrucijada histórica. El auge de las organizaciones populares, el crecimiento paulatino de la guerrilla, el intento de la oligarquía por aferrarse a sus privilegios, la búsqueda de las fuerzas armadas por encontrar alternativas a su histórico papel de testaferrero del sistema, el profundo debate interno en la Iglesia católica, la deshonestidad y prepotencia de los medios de comunicación...

Todo ello, en un contexto social y político que contemplaba la agudización de las contradicciones del sistema, la profundización de la marginalidad en que se encontraba la mayoría de la población, el cierre de los espacios institucionales de diálogo y la búsqueda coyuntural del mismo diálogo negado, la irrefrenable concentración de la riqueza, el fracaso de los intentos de ir al encuentro de las necesidades de las mayorías, el descrédito de las instituciones políticas y del sistema democrático y una sangrienta represión que buscaba la continuidad del sistema.

La inmensa disparidad de posibilidades entre una fuerte clase que detentaba la propiedad y la riqueza de la economía agraria, y una clase campesina sometida y

³⁸ *El Diario de Hoy*, San Salvador, 23.02.1980, pág. 34.

con escasas posibilidades de reacción, puso en evidencia las profundas contradicciones del sistema. A ello se añadió pronto una clase urbana hacinada y desempleada. Ambos sectores, campesinos y marginados urbanos, comenzaron desde principios de la década de los años 60 un proceso de concientización progresiva. La distancia entre unos y otros, privilegiados y desfavorecidos del sistema, hizo posible que los dos polos se unificasen en torno a intereses comunes y reconocidos. Los reclamos de las clases de campesinos y marginados urbanos buscaron afanosamente un diálogo que los sectores dueños de la riqueza rehusaron atender. Los conflictos estaban en la puerta.

El asesinato de Monseñor Romero estuvo cargado de fuertes connotaciones simbólicas. Siempre se había opuesto a la violencia, de cualquier lado que ésta proviniera. Era la única persona que podía oponerse a una solución violenta a la crisis, respetado por todos los actores del proceso: los militares, la oligarquía, las organizaciones populares urbanas y rurales, la guerrilla y las grandes mayorías marginadas. Con él, desaparecía el único muro de contención de la violencia, y su asesinato tornó inevitable y cercano el camino hacia la guerra civil. Su presencia era una barrera a la guerra que nadie deseaba, pero que la radicalización de las posturas y los egoísmos de las clases que se habían adueñado de las riquezas presentaba como la única salida. Su asesinato fue un craso error político por parte de la derecha, asumiendo que ésta hubiese querido evitar la guerra civil³⁹.

La desaparición del arzobispo implicaba la desaparición de la única instancia a quienes todos, "*para seguirlo o para perseguirlo*", podían acudir. La represión por parte del gobierno, o la vía armada por parte de la guerrilla, se asomaron en el horizonte como las únicas opciones a la radicalización de las posturas. Sin Romero dejó de existir la posibilidad de agendas comunes en la búsqueda de una salida no violenta a la crisis. Sin Romero, cada uno de los actores principales se vio obligado a elaborar su propia agenda e imponerla ignorando, muchas veces, las demás.

La guerrilla, cuyos dirigentes habían recurrido a Romero en alguna ocasión, a quien sus integrantes debían un profundo respeto, y que había optado por la vía

³⁹ Morozzo della Roca, Roberto, *Primero Dios. Vida de Monseñor Romero*, Traducción de David Salas Mezquita, Edhasa, Buenos Aires, 2010, 30.

armada para tomar el poder político e imponer desde allí las reformas que fuesen al encuentro de las desigualdades, tomó partido decidido por la violencia. Ya no existía quien podía tomar sus banderas y presentarlas ante la sociedad y el mundo como banderas de reivindicación por las cuales valía la pena sentarse a dialogar. Debía ahora prepararse para la guerra: la formación del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, a fines de 1980, pocos meses después del asesinato del obispo, fue un paso decisivo en este proceso.

El gobierno de la Junta Revolucionaria de Gobierno, cuyos integrantes también habían recurrido al arzobispo varias veces, y que había iniciado un camino de reformas profundas, vio desaparecer quien podía mediar en la confusa aglomeración de intereses para armonizarlos en un horizonte común. El único camino que se abría, en adelante, era la imposición de las reformas a toda costa⁴⁰ o la renuncia a ellas, como había sucedido varias veces ya en la historia salvadoreña. Pero esto dejaba sin sentido el golpe de estado de 1979 y la existencia de la propia Junta.

Las fuerzas armadas, que habían desarrollado una agenda paralela a la Junta Revolucionaria de Gobierno acentuando la represión, vieron en la guerra civil el único camino posible en el horizonte. La desaparición del arzobispo, a quien los mismos militares habían recurrido algunas veces, significaba la desaparición de la única instancia que podía evitar la guerra. Los militares ahora debían prepararse para ella. En 1992 quedaría en evidencia que, si bien ninguno de los contendientes había ganado la guerra, las fuerzas armadas habían resultado los únicos perdedores.

Los partidos políticos, especialmente el Partido Demócrata Cristiano, cuyos dirigentes también habían recurrido a Romero con frecuencia, veían con claridad la pérdida de protagonismo político en medio al descrédito generalizado. Las críticas de Romero, instando a la democracia cristiana a no formar parte de un gobierno cuestionado, y a acompañar en forma más cercana las exigencias populares, planteaban la necesidad de una refundación profunda que hiciese al Partido volver a sus orígenes.

La oligarquía veía que con Romero desaparecía la única instancia que la había cuestionado verdaderamente y que podía mediar entre partes cada vez más

⁴⁰ *“Que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre”*: Romero, Óscar A., *Homilías*, tomo VI, homilía del 23.04.1980, un día antes de su asesinato.

radicalizadas. Su voracidad y su miopía política habían sido la causa principal de la crisis del país, y serían también unas de las principales causas de la guerra civil que se desataría. Romero había sido un enemigo para ella porque cuestionaba fuertemente sus privilegios, pero había sido la única instancia que podía atenuar la violencia de los reclamos y detener una guerra que pocos deseaban.

Las organizaciones populares urbanas y rurales, cuyos dirigentes estaban muy cercanos a Romero, a quien sus militantes respetaban profundamente, vieron desaparecer la única instancia que había sabido valorarlas adecuadamente, incluso con sus críticas, y que las había apoyado públicamente. La Tercera Carta Pastoral de Romero es un ejemplo claro de este apoyo institucional. Desaparecido Romero, las organizaciones populares vieron cómo la radicalización de las exigencias dejaba una opción, en la que no cabían ellas: la guerra civil. Ya no podían ser protagonistas del nuevo proceso, que necesitaba otros actores principales: las fuerzas armadas y las organizaciones populares que habían optado por la violencia.

La Iglesia católica vio desaparecer la única figura del catolicismo que era aceptada por todos los interlocutores en un posible diálogo. El asesinato de Romero recluyó a la Iglesia a un papel secundario y cada vez más alejado de los sentimientos de las mayorías, y perdió protagonismo, lealtades y respetos. Tuvo que ver 'desde afuera' cómo el país se encaminaba irremediabilmente hacia una guerra fratricida. Sólo la valiente intervención del sucesor de Romero, Arturo Rivera Damas, en el papel de mediador en el camino que llevó a los Acuerdos de Paz, le devolvió parte de su prestigio.

El asesinato de Romero fue un grave error político, donde todos perdieron. Un profundo sentimiento de orfandad se apoderó de muchas personas en El Salvador, para muchas de los cuales no quedaba otro camino que la militancia en las organizaciones populares radicales, y para muchas otras, la aceptación pasiva de las decisiones de otros. El año 1980 vio desvanecerse la oportunidad histórica de comenzar la construcción de un país sin marginaciones. La guerra civil se asomaba en el horizonte como única e irremediable posibilidad.

Fecha de recepción: 01/02/16
Aceptado para publicación: 20/03/16

Referencias Bibliográficas

- Cabarrús, Carlos R., *Génesis de una revolución. Análisis del surgimiento y desarrollo de la organización campesina en El Salvador*, Ediciones de la Casa Chata, México, 1984.
- Comisión de la Verdad de las Naciones Unidas, *Informe. De la Locura a la esperanza. La guerra de 12 años en El Salvador*, Editorial Universitaria, San Salvador, 1993.
- Coto, Luis, “Eclesiología de Monseñor Óscar A. Romero”, ponencia en el *Congreso de Teología Latinoamericana*, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA), San Salvador, 28-04-2005 al 01-04-2005.
- Gordon, Sara, *Crisis política y guerra en El Salvador*, Siglo XXI Editores, México, 1989.
- López Vigil, María, *Monseñor Romero, piezas para un retrato*, UCA Editores, 5ª ed., San Salvador, 2001.
- Márquez Ochoa, Armando, *Martirologio de Monseñor Romero. Testimonio y catequesis martirial de la Iglesia salvadoreña*, Comunidades eclesiales de base, sin datos editoriales, San Salvador.
- Morozzo della Rocca, Roberto, *Primero Dios. Vida de Monseñor Romero*, Traducción de David Salas Mezquita, Edhasa, Buenos Aires, 2010.
- Romero, Óscar A., *Homilías*, tomo VII, UCA Editores, San Salvador, 2000.
- Romero, Óscar A., *Diario*, Edición del Arzobispado de San Salvador, 2000.
- Romero, Óscar A., “La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres”, discurso de aceptación del doctorado honoris causa por la Universidad de Lovaina, 2 de febrero de 1980.